

Uno de los trece

Pilar Dughi

Su cuerpo pleno había vestido el color del sol extremeño en los campos áridos del trigo. Golpeado y embrutecido en el mesón de la aldea, sólo la noche y el cantar de las cigarras en el estío habían animado sus sueños. El lejano pasaje de las caravanas del rey arriadas por bestias erguidas, los yelmos de los viajeros que habían perdido el bruñido metálico en las batallas de Pavía y en los puertos de Amberes, evocaron en sus oídos los sonos de trompetas y cánticos guerreros. Tuvo temor de Dios y adquirió templanza en las sombras negras de calles sinuosas y empedradas de tierras extranjeras, cuando estuvo bajo las órdenes del Gran Capitán. Escuchó las leyendas de los Damascos en Venecia, y las historias extraordinarias que narraban los viajeros en los puertos de olor salobre a pescado y madera humedecida. Su sangre celta había probado su arrojó aún siendo niño, hurtando la bolsa de monedas de un caballero que había envilecido a su madre. Desdeñó la quietud inmóvil y el rigor de los campos de Castilla mientras apacentaba las ovejas, y sólo conoció de la ternura del abuelo, el único mortal que lo había acariciado y le había enseñado los secretos del arte en el manejo del sable y el sayal. No conocía los signos escritos ni de la determinación del sosiego del que predicaban los clérigos. Sólo el aire frío del mar que cortaba su rostro, el sabor cálido de la carne de puerco asado que despellejaba con sus manos, las hojas aceradas de las lanzas que descansaban en las puertas de las tiendas las vís-

peras de las batallas, las romanzas de los soldados y las mujeres de las tabernas, le hicieron avizorar el universo. Valiente, ingenuo como un niño, no tuvo otro signo que la aventura ni otra cavilación que el coraje. Cuando los días aparecieron inacabables y la fuerza de sus brazos declinaba, sintió pavor y adivinó el ocaso. Sentado sobre una gran piedra de granito, recordó el día en que vio el cuerpo yerto del abuelo, boca abajo, el charco de sangre, el tajo profundo en el cuello. Se vio a sí mismo cruzando los prados, llorando de rabia, de impotencia, sorteando construcciones rectangulares, trepando techos de heno. Se vio jadeante y sudando miedo. Recordó que aquella noche mató a un hombre y vengó a otro hombre. Aquella noche se hizo hidalgo y vengó una traición. Fue también la noche en que dejó la labranza y supo que estaba solo, que había sido siempre solo, que no tenía más techo que la bóveda estrellada ni mas regazo que su propio sueño.

Mudo y absorto cuando aún no testimoniaba la proximidad de la vejez, descubrió los rumores insólitos de travesías de mares rojos y dragones ardientes, de pulpos gigantes y centenares de tentáculos, de sirenas de largos cabellos enroscados en hilos de plata, de conchas abiertas coronadas de esmeraldas y rubíes, de tierras de arena blanca en donde se descubrían guerreros de piel oscura que se hacían sombra y airé bajo la cruz. Y recorrió cuatro mil kilómetros, y cruzó el Atlántico, dio fe a los hombres y caballeros que encontró en su largo viaje. Creyó en caciques de plumas multicolores y en árboles frondosos de donde brotaba un líquido espeso y pegajoso. Durante tres años navegó los mares tenebrosos, arreó bestias y hombres en barcos y canoas, luchó contra la desidia, la desconfianza, la astucia. Conoció el desierto y el infierno. Conquistó un reino entero para su soberano español, ganó setecientos mil maravedíes y tomó por mujer a una india. Habitó en un palacio de piedra blanca, fundó la Ciudad de los Reyes y plantó una higuera. Ni aun el día de su muerte presintió la gloria. Sólo sabemos que fue muerto a traición, de espaldas, y que antes de morir escribió con sangre, sobre el mármol, el nombre del traidor.